

XIX Domingo de Tiempo Ordinario

- **Sab 18, 6-9.** Con lo que castigaste a los adversarios, nos glorificaste a nosotros, llamándonos a ti.
- **Sal 32.** R. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.
- **Heb 11, 1-2. 8-19.** Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.
- **Lc 12, 32-48.** Lo mismo vosotros, estad preparados.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Después de meditar los domingos anteriores sobre las aptitudes del discípulo y haber descubierto que el desapego de los bienes de este mundo nos capacita para el Reino de Dios, este domingo, Jesús nos anima a poner toda la confianza en Él, que es el único y total Bien.

La confianza brota de sentirnos siempre en las manos del Padre providente, que nos da la vida, nos cuida y nunca nos deja solos. Dios se ha dado a sí mismo la vocación de la paternidad. Somos su centro de atención y vuelca hacia nosotros su Amor infinito.

Porque el Padre ha querido darnos su Reino, descubrimos que ese reino de Dios es la persona misma de Cristo. Así, en nuestra vida no cabe el miedo. Somos amados siempre por el Padre, por el Hijo, en el Espíritu, por tanto, nada hay que temer.

Esta confianza en el Señor nos anima a la vigilancia; «estad alerta, estad preparados». Es la actitud de los siervos ante a su señor. Vigilancia quiere decir poner la atención en lo que merece la pena. Y, para el discípulo de Jesús, significa estar siempre atentos a su enseñanza y a realizar el proyecto del Padre en nosotros mismos.

El que espera algo importante ha de permanecer en vela, en vigilia. Jesús nos invita a estar siempre despiertos esperando su venida que nos traerá la salvación. El Señor viene constantemente, cuando menos nos lo esperamos. De ahí la necesidad de estar siempre vigilantes y preparados. No viene para “pillarnos por sorpresa”, ni menos para castigarnos. Viene para colmarnos de felicidad, de gozo, para invitarnos al banquete de su Reino.

No podemos esperar la venida del Señor con una actitud pasiva. Suspiramos por la venida definitiva del Señor y la preparamos diligentemente y en vela; hemos de estar preparados y atentos para que el paso del Señor por nuestras vidas se convierta en un “estar con Él siempre”.

Cristo no viene para encontrarnos dormidos, sino preparando su llegada construyendo la paz y la justicia, que propician que su paso por nuestras vidas se convierta en la venida y el encuentro definitivos. El tiempo de la espera ha de convertirse en tiempo de crecimiento, servicio, responsabilidad, fidelidad y amor fraternos.

Cristo llama **bienaventurados** a los que encuentre en esta actitud de vigilancia. La fidelidad en la espera y en el servicio lleva a la felicidad total y eterna. El Señor nos ha confiado sus tesoros, su misma vida. Hemos de portarnos como buenos administradores. Es la promesa de bienaventuranza a quien dedica esta vida a lo fundamental: vivir el proyecto del Reino de Dios.

Cristo nos invita a realizar la misión encomendada por el Señor: transformar la historia personal y la del prójimo en historia de salvación, haciéndonos siervos impregnados del Amor de Dios, que dedican toda su vida a hacer fructificar la vida del Reino.

Cuando llegue su hora, el Señor ya no nos tratará como siervos sino como amigos (Jn 15, 15). La vigilancia es, pues, la puerta de acceso para entrar en la intimidad de la amistad con Jesús.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

Soy responsable en la vivencia de mi vocación como hijo de Dios. Ya no soy siervo. Soy amigo e hijo de Dios Padre. Mi respuesta tiene que ser de amor.

Mi tarea no es cumplir unos mandamientos, unos preceptos, unas leyes. Yo estoy en la tierra para recibir el Amor del Padre, que me regala en Jesús, en el Espíritu. Y, en consecuencia, responder al Padre, con Jesús y el Espíritu, a ese gran Amor.

Jesús me ha dicho claramente que soy hijo querido del Padre, como Él. ¡Gracias Jesús, por esta magnífica revelación! ¡Gracias, Espíritu, porque Tú me infundes la vida auténtica! ¡Gracias, Jesús, porque has venido a manifestarme y a regalarme la misma vida de la Trinidad!

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Jesús, Tú eres la Luz en mi camino. Tú me acompañas siempre y me das la mano para vivir lo mejor posible el proyecto del Padre: Venga tu Reino.

Jesús, Tú me enseñas a vivir con responsabilidad la vocación y la condición de hijo de Dios. Tú aceptaste en todos los momentos tu condición de ser humano como nosotros, para realizar el plan de salvación. Tú te comportaste siempre como Hijo fiel y entregado al Padre.

Haz que aprenda a seguir tus huellas y tu ejemplo, para ser como Tú, hijo fiel del Padre Dios.